



UNA COMIDA CHINA. (1)

Los chinos de buen tono se levantan á las once de la mañana. Su desayuno se compone de diversos platos; de carne, pescado y legumbres, servido todo en salvillas con una taza ó dos del néctar chino, el oiou-heu-tsou que se toma caliente. Esta bebida ligeramente ácida, se extrae del maíz, tiene un gusto bastante desagradable; pero rara vez produce borrachera y ayuda al vigor del cuerpo. Este almuerzo termina con un plato de arroz que se toma generalmente con pescado salado. En seguida viene el té se echa en agua hirviendo sobre las hojas y le presentan en grandes tazas, que los chinos apuran sin echar azúcar.

A las dos se sirve un refrigerio compuesto de frutas de la estación, despues de las cuales vuelve á tomarse té. En las casas bien acomodadas la comida se sirve á las seis de la tarde y si es un convite formal debe ser acompañado de música vocal é instrumental ó de algun espectáculo. Estas comidas no terminan comunmente hasta las tres de la

mañana. Las personas de menos tono se separan sin embargo á las doce.

Los chinos tienen tal pasión por el tabaco, que á veces fuman hasta en la mesa, entre plato y plato. Cada uno lleva consigo uno ó dos sirvientes de pipa, esta función es desempeñada por jóvenes de 16 á 17 años, elegantemente vestidos, su ocupación consiste en colocar la pipa en la boca de sus señores, y como saben los momentos en que tienen costumbre de fumar, se la presentan sin dar lugar á que la pidan.

Quando se trata de una comida de lujo, el que la dá envía con algunos dias de anticipación sus esquelas de convite, escritas en grandes hojas de papel encarnado y redactadas en estilo retumbante. Se contrata una compañía de los mejores actores por una suma equivalente á 1600 ó 2000 rs. y siendo actores medianos puede ajustarse por 400. Frente á la escena hay preparadas, según el número de convidados, varias mesas á las cuales pueden sentarse cuatro ó seis personas. En las casas de mas tono no se colocan mas que dos ó tres convidados en cada mesa. El costado que dá á la escena, queda generalmente vacío, á fin de que todo el mundo pueda ver la representación.

F. (1) Tomamos los curiosos detalles que el lector verá, de una obra inédita en España y muy poco conocida en el extranjero titulada *Siete años en China*.

La víspera del día del convite, el que le dá envía una segunda invitacion, escrita igualmente en papel color de rosa, para recordar á los convidados que la fiesta tendrá lugar al día siguiente y preguntarle si piensan asistir, y en fin se envía otra vez á sus domicilios el día mismo de la comida, con el objeto de anunciarles que todo está pronto para recibirlos.

Así que los convidados se hallan reunidos, se les presenta leche de almendras en grandes tazas y despues los demas manjares, que son absolutamente idénticos en todas las mesas y se sirven sucesivamente y en raciones á todos los convidados. Las mesas son generalmente de ébano, con dos superficies, porque no usándose manteles se levanta el primer servicio con la tabla superior, para colocar el segundo sobre la de abajo.

Primeramente cubren todas las mesas de vasijas de loza ó vidriado blanco, de tazas para el vino y de platos con frutas, al lado de cada convidado colocan varios palillos ó varitas, de las cuales se sirven los chinos á guisa de tenedores, para pinchar y llevar á la boca las viandas; por lo comun son de ébano ó de hueso, con las puntas de plata, el extremo superior presenta varios ángulos, por las puntas son redondas. Pescados frios de diversas clases, aves condimentadas con salsas de varios géneros, lonjas de jamon, huevos cocidos y menudamente picados, una especie de gusanillo que se encuentra en la caña de azúcar, puesta á secar al fuego, y que forma uno de los platos mas estimados y mas caros de la cocina china, tales son los manjares que sucesivamente van apareciendo en las mesas, sin contar otros muchos que no son considerados mas que como adorno y que llenan completamente la mesa dejando un solo lugar en el centro, para una gran horterá que contiene un alimento caliente y gustoso.

Cuando empieza la comida todas las tazas se llenan de Siou-eu-tsou; el dueño de la casa se levanta y todo el mundo le imita; toma su taza con las dos manos y se inclina hácia los convidados que despues de esta ceremonia beben y vuelven á sentarse.

Aunque hay bastantes viñas en China no se hace vino, los chinos emplean sus ananas, sus naranjas y otras muchas frutas en preparar diversas infusiones y licores fuertes, que son presentados á los convidados al concluir el primer servicio. En los momentos que fija el ceremonial de la comida para los brindis, los convidados se dirijen algunos, siguiendo las reglas establecidas. Las dos personas que brindan se levantan á la vez, toman su vasija con las dos manos y se dirijen al centro de la habitacion; en seguida elevan las tazas á la altura de los labios, las bajan lentamente casi hasta el suelo y se inclinan uno hácia el otro; esto se repite tres, seis ó nueve veces y los bebedores tienen buen cuidado de observar sus movimientos respectivos, con la mayor atencion, hasta que ambos llevan al fin las tazas á sus labios apurando el contenido, despues de lo cual las vuelven boca á abajo para demostrar que estan vacías; entonces se saludan y vuelven á sus puestos, pero comienzan nuevos cumplimientos para resolver quien se ha de sentar primero y la discusion no termina sino con sendas reverencias; los dos bebedores aparentan acomodarse, gesticulan y acaban en fin por sentarse de pronto y á un mismo tiempo.

Al principio del ceremonial, cuando los dos convidados se acercan hasta el punto de que se toquen sus tazas, suelen cambiárselas.

Los chinos usan una especie de juego para escitar á beber que se llama el juego de la *morra*; cuando se hallan llenas las tazas, dos personas estienen sus brazos hácia el medio de la mesa con los puños cerrados; cada uno de ellos levanta los dedos que quiere y los presentes deben decir instantáneamente y en voz alta cuantos dedos levantados hay, el que lo adivina tiene el derecho de obligar á su antagonista á beber.

La finura en la comida consiste en ofrecer á su vecino un trozo escogido en el plato propio, el obsequiado se apresura á pinchar la fineza antes que ha-

ya tenido tiempo el que la ofrece de soltarla en su plato y paga con la misma ceremonia el obsequio recibido.

El primer servicio se compone de doce á veinte platos sin contar los que se presentan en el intervalo del primero al segundo servicio; mientras que los criados preparan este, los convidados que se sienten cansados se levantan y se pasean por la habitacion, costumbre muy agradable á los europeos que difícilmente pueden soportar el largo y fastidioso ceremonial de las mesas chinas. Si entre los convidados hay personas de distincion, el mismo dueño de la casa es el que coloca el primer plato sobre la mesa.

Seria interminable y fastidiosa para el lector la enumeracion de todos los manjares que se esponen sucesivamente en aquella interminable comida; al fin de ella las siete ú ocho últimas horterás ó tazones permanecen sobre la mesa y se colocan en forma circular tocándose unas á otras; sobre cada uno de estos puntos de contacto se pone casi en equilibrio un platillo de pescado, de aves, de huevos ó de legumbres. En el centro de este círculo se situa una grande horterá de madera, de plata ó de cobre, dividida en trozos que contiene diversos potajes y viandas estrañamente aderezadas. Todos estos tazones están hirviendo y conservan su calor por medio de una lámpara con espíritu de vino; cada convidado recibe separadamente cierta porcion de arroz, que es costumbre comer con carne salada ó con cualquiera de los platos colocados en círculo. En fin el té presentado en tazas cubiertas, sin azúcar, termina el festin.

No estará demas advertir que los principales platos de la cocina china, se forman esencialmente con ajo y aceite; verdad es que tienen cuidado de quitar al ajo su olor fuerte por medio del vapor y que algunos se condimentan sin aceite.

A la mañana siguiente de una gran comida, el que la ha dado se apresura á enviar de nuevo un cartapacio de color de rosa á todos sus convidados, expresándoles el sentimiento que tiene de no haberlos podido tratar de una manera mas digna de ellos; estos responden sobre la marcha en papelonos parecidos, consignando en términos enfáticos todo el placer que les ha causado el incomparable festin.

EL MONTE MONGO.

Una de las curiosidades naturales mas sorprendentes del antiguo Reino de Valencia es sin disputa, el altísimo y pintoresco Monte, llamado Mongó, que empieza en la Ciudad de Denia y cuya cima ocultan, con mucha frecuencia, las nubes; siendo la primera tierra que, en figura piramidal y en forma de isla, descubren los navegantes que cruzan el Mediterráneo, la cual les anuncia su proximidad á las costas de España y los sirve de guía para el rumbo y derrotero de sus naves.

Casi todo él se halla cubierto de eterno verdor por los pinos, robles, palmitos, romeros y multitud de plantas y yerbas medicinales que crecen con vejetacion lozana y no escasean, tampoco, los insectos venenosos; por cuyo motivo, al recorrer su parte superior, debe caminarase tomando precauciones á fin de evitar un disgusto.

Abundan tambien en dicho Monte, canteras de variados mármoles y jaspes, cuevas de preciosas estalactitas, simas profundas, el bol arménico, el asfalto y se cree que minas de hierro y de cobre, que no se han beneficiado, sin duda, porque la sensatez é ilustracion de los vecinos de Denia y pueblos comarcanos, los han persuadido, que la verdadera y sólida riqueza la constituyen, generalmente hablando, la agricultura y aun el comercio, bien dirigidos y manejados, como ellos lo hacen.

Para subir al Mongó se conocen hasta nueve senderos, á los cuales se les dá en el pais los nombres siguientes: primero Frencañ del Cabo gordo; segundo Escalote; tercero Belem ó Barranco de los Emboxars; cuarto Single de la Cordeta; quinto Asegado-

rets: sexto Portal: séptimo Portalet: octavo Punta del Cabo Prim y noveno Barranco de la Yedra.

Las faldas y declives del Monte están llenos de alquerías, viñedos, olivares, moreras, almendros, algarrobos, palmas y otros árboles de los trópicos y desde las primeras, pero mejor desde la cima de aquel, se descubre uno de los inmensos y encantadores horizontes, difíciles, sino imposibles de describir. Al E. se ven elevar claras y distintas las Montañas de Ibiza y al E. N. E. en días serenos, la Isla de Mallorca: hácia el N. y N. O. todo el antiguo marquesado de Denia, la dilatada costa del peligroso Golfo de Valencia, con sus ciudades, pueblos y huertas convertidas en verjeles, las torres de aquella capital, el castillo de Murviedro, el cabo de Oropesa, las montañas de Castellon y las de los Alfaques; y al S. y S. O. las otras lindísimas poblaciones conocidas con el nombre de *Marina*, el peñon de Caspe, el castillo de Alicante y los cabos de la Huerta, de Santa Pola y de Palos.

A la mitad del Monte, por la parte de Levante, hay una cueva harto espaciosa, llamada del agua y en su interior dos balsas ó grandes charcos formados naturalmente, donde se recoge una cantidad extraordinaria de aquella, que filtra y destila gota á gota de las peñas vivas; siendo el agua mas fresca, delicada, cristalina y ligera que ninguna otra del Reino; por cuyo motivo se emplea para los enfermos y la citada cueva es muy frecuentada de naturales y extranjeros. El Rey D. Felipe III estuvo en ella durante su permanencia en Denia y lo propio verificaron los sábios franceses M. Mechain, Biot y Aragón, acompañados de los comisarios españoles los señores Chais y Rodríguez, cuando á principios de este siglo, se establecieron en la alto del Mongó para sus observaciones astronómicas y trigonométricas.

La costumbre de visitar la cueva referida data desde tiempos muy remotos y así lo atestiguan los innumerables letreros esculpidos en las piedras de sus paredes y una inscripción romana, que aunque con trabajo, se puede leer á mano izquierda de la entrada de aquella y traducir del modo siguiente. *«Galio Julio Urbano, electo príncipe de la lejion vencedora gemina, con sus amigos, Adriano, Alfredo Cónsul y Lucio Aulo Turco Romanos: Publio Honorio ó Honesto hizo ó grabó las letras de valde.»*

Sobre la etimología del Mongó se ha hablado y escrito mucho, de un modo muy vario y sino cierto y exacto, por lo menos ingenioso en extremo. El padre Yago, por ejemplo, quiere que el origen de aquella voz se derive de la de Moñ Jovis: otros pretenden que al recordado Monte, al fundar los mismos Sagas á Sagunto y á Denia, le dieron el nombre de Mont, Sagon y que perdiéndose ó embeyéndose luego una S. como sucede cuanto se juntan dos palabras cuya postrer letra de la primera es primera de la segunda, le quedó el de Monsagon y despues, los de Mongón, y Mongó: otros suponen que Magon, famoso Capitán Cartaginés, dejó su nombre al Monte cuando estuvo en Denia, como lo verificó Mario al de Mario-la en el propio Reino de Valencia y el primero, en Menorca á la ciudad y puerto de Magon ó Mahur otros presumen que Mongon se deriva de la voz griega Monoko, ó sea único, solo y eminentísimo, como lo es nuestro Monte y el del Hircio llamado Menolcoe: y en fin Benter, Escolano y el Dr. Palau opinan y hasta aseguran, que el Mongó tomó tal nombre de los Agones ó Juegos Agonísticos que hubo en el mismo y con efecto en su cima se conocen todavía vestigios y ruinas, de un gran cercado de cal y canto que quizá sería la plaza ó palestra de las fiestas llamadas Agonalia que se sabe celebraban todos los años los Romanos, el primero de Enero, en honra del Dios Jano, que dió nombre á dicho mes, y se reducian, entre otras, á despeñarse y á darse de puñadas, hallándose los combatientes desnudos y armados los puños con planchas de hierro ó plomo acomodadas ó fuertemente atadas con correas; por lo que se les llamó Pugiles, de los cuales hace mencion Ciceron, en el libro 2.º de las Tusculanas y Virgilio, en el 5.º de la Eneyda. Entre los griegos tambien se celebraban estos juegos cada cinco años en hon-

ra de Júpiter Olimpico y fueron instituidos en la Ciudad de Olimpia de donde tomaron el nombre de Olimpiadas y la cuenta de aquellos por lustros, mencionándose igualmente dichos Juegos Agones, en el Cap. 4.º del lib. 2.º de los Macabeos.

El Monte que describimos se halla á las 38.º 43, 23, «lat. N. ya los 6.º 24, 46.» long. E. del meridiano de Cádiz, tiene de alto trescientas noventa toesas ó sean dos mil setecientos treinta pies sobre el nivel del mar, su frente á este, mas de una legua y cerca de cuatro de circunferencia, comprendiéndose en el recordado Monte, las Puntas ó Cabos de Barber, del Arenal ó Aguas dulce, de Codina, Martín ó Delgado, Negro, Puntas llamas, y de la Nau; todo lo cual en comun se llamó antiguamente Promontorio Ferrariense y dividia los dos senos Ilicitano y Sucronense.

REMICIO SALOMON.

GINEBRA.

Al llegar á Ginebra, el primer deseo que experimenta el viajero, es el de visitar la casa de Juan Jacobo Rousseau, el mas famoso entre los hombres célebres que ha producido aquella ciudad. La casa se conserva en muy buen estado, y es hoy poco mas ó menos lo que era cuando nació en ella J. Jacobo; una fábrica de relojes.

Ginebra es una lindísima poblacion situada á orillas del famoso Lago Lemán en cuyas aguas refléjase gran parte de su caserío, uno de los mas bellos de Europa.

Sus habitantes suben hasta 22,000, y á pesar de tan corta poblacion, se encuentran allí todas las comodidades y refinamientos de la vida de las grandes capitales, con la sola diferencia de que cuestan mas barato.

Los edificios mas notables por su suntuosidad, son la iglesia protestante de *St. Pierre*, la casa de correos, las prisiones construidas segun el sistema penitenciario moderno, los museos, etc.—etc.—En 1843 época, de mi paso por allí, no tenia mas que un teatro la ciudad; pero era muy lindo y estaba perfectamente decorado. La plaza y la calle *du Rhone*, la calle de la *Corraterie* y las orillas del lago son la parte mas bella de la ciudad.

Un puente colgante de hierro sirve de comunicacion entre esta y la isla de J.—J. Rousseau, situada en medio del lago. Este islote es un lugar amenísimo, y los Ginebrinos han hecho de él un paseo, tal vez el mas delicioso de todos los paseos artificiales del mundo. Una verja de hierro tan ligera como elegante cerca toda la isla, en cuyo centro, sobre un magnífico pedestal de granito, se vé la estatua de bronce del gran filósofo. Está sentado, con un libro abierto en la mano izquierda y en la derecha el estilo en ademán de escribir: á sus pies varios libros con los títulos del *Contrato social*, *El Emilio*, *La nueva Eloisa*, y otras obras de aquel ingenio inmortal. Desde el centro de la isla se descubre la cima del célebre *Mont-Blanc*, llamada por las naturales de aquellas comarcas, *cabeza de Napoleon* la cual representa los lineamientos del perfil del gran capitán con el sombrero puesto y acostado.

Como segun lo que antes he dicho, está cercada la isla con una reja de hierro; pueden todas las noches cerrarla á las nueve y media, hora en que se retiran los Ginebrinos del paseo durante la estacion calurosa. A veces se dan allí al aire libre conciertos admirables que se prolongan hasta muy entrada la noche, y entonces como la isla por su pequeñez no puede contener á la multitud de oyentes, la mayor parte de la poblacion fija y flotante de Ginebra asiste á la *Soirée* en elegantes barquichuelos que rodean la isla mecidos suavemente por las azuladas y mansas olas del lago. Es muy difícil poder formarse una idea del encanto que prestan á aquellos conciertos, el dulce vaiven de las aguas rizadas ligeramente por las blandas brisas de la noche: la luz de la luna que se refleja en aquellos cristales, y cuyos pálidos

resplandores dan mil fantásticas formas á los barquichuelos, á los islotes y á los árboles que sombream aquellas encantadas orillas; y las voces de los cantantes y los armoniosos acordes de los instrumentos que van á perderse á lo lejos en espirales de sonido, llevados sobre las aguas en alas de los perfumados céfiros de aquellas arboledas.

En una de estas noches afortunadas, erraba yo á la ventura en mi barquilla por entre aquel laberinto de pequeñas embarcaciones tan variadas entre sí como las gentes que conducían. Llamóme la atención una elegante góndola modelada sobre las que surcan los canales de la reina del Adriático. No contenía la estrangera embarcación sino á un individuo, el cual la conducía por sí mismo; y en el momento de que voy hablando, levantado el remo y con la cabeza inclinada sobre el pecho parecía sumergido en una profunda meditación, y absolutamente ajeno de cuanto en torno de sí pasaba. El exterior de aquel hombre era sumamente distinguido, y su completa inmovilidad cautivó de tal modo mi atención que á mi vez me puse á contemplarla y olvidé por algunos instantes el concierto de la isla de J. Jacobo.

De pronto oí mi nombre repetido por una voz sonora que me era muy conocida.

—¿En qué diablos piensa V. amigo mio? Hace media hora que le busco por entre esta confusión. Era uno de los fabricantes de relojes mas afamados de Ginebra, al cual me habia recomendado un corresponsal de París.

—Conoce V. á ese caballero? le dije, señalándole al meditabundo desconocido.

—Si señor, es uno de mis parroquianos. Un Conde ruso, tan rico y generoso como extravagante.

—Ese hombre debe ser muy desgraciado, repliqué, centestando mas bien á mi pensamiento que á las palabras del honrado fabricante.

—No es muy feliz, amigo mio; la parte de su vida que conozco, no tiene nada de divertido.

—Podria V. contármela?

—Ahora no. Si quiere V. venir mañana á comer conmigo á mi casa de campo, no solo sabrá V. esa historia, sino que conocerá V. al héroe si tal es su deseo. El conde vive en una preciosa quinta contigua á la nuestra, y mi hija mayor Luisa, que es grande amiga suya, le presentará á V. al conde que es un hombre tan amable como instruido. Acepta V?

—Con mil amores. A qué hora?

—A las cuatro de la tarde comemos, y mientras mas temprano vaya V. mas gusto nos dará. Hasta la vista, pues!

Y la barquilla del negociante, desapareció muy luego, entre la multitud que se arrémolinaba en aquel momento en el lago, pues acabado el concierto, cada cual se apresuraba á volver á la ciudad.

Al día siguiente vino á buscarme á la posada un hermano menor del fabricante y me condujo en su tilibury á la quinta, dos ó tres horas antes de la señalada para la comida. Fiel á su palabra, contóme M. F... poco mas ó menos lo siguiente acerca del conde G... su vecino.

«Hará como unos 6 años que vino á establecerse aquí el Conde, trayendo en su compañía á una mujer hermosísima y un niño de poco mas de dos años. Compró esa elegante casa de campo, resuelto al parecer á fijar su residencia en Suiza; pero al cabo de cierto tiempo, empezaron á correr algunos rumores acerca de la condesa, la cual segun aquellos pertenecía á una clase infima, y no era mas que la querida del Conde. Estos chismes acabaron por llegar á los oídos de aquel el cual los acalló completamente, casándose con la señora en cuestión, que no era en resumidas cuentas sino una oficiala de modista, de quien se habia enamorado durante una mision diplomática que habia desempeñado en Viena.

La compra de la posesion se hizo en cabeza de la señora, y el generoso marido agregó á este régio regalo una donación de 600 mil francos colocados en el banco de Francia. Hará unos ocho meses, que fué la condesa á París á ciertos negocios de poca entidad, por lo cual debia ser muy corta su permanencia en

aquella capital. Inquieto el Conde al ver que pasaba mas tiempo del necesario y que su esposa no volvía, le escribió varias cartas invitándola á que volviese; pero viendo que no surtían efecto, se preparaba á ir él en persona á buscarla, cuando recibió una carta de aquella muger en que le decia, que marchaba lejos de Francia con un hombre á quien habia amado desde sus primeros años; que le devolvía su coche y caballos; y que no hiciese por buscarla, porque solo muerta volvería á su poder.»

Hé aquí en resumen esta historia chocante por la inaudita ingratitud de aquella muger.

Luisa, la hija mayor de mi huésped, me llevó en seguida á casa del Conde, el cual nos recibió con esa exquisita cortesania que caracteriza á todos los rusos de alta clase. Guionos el mismo por toda la casa, cuyas habitaciones estaban decoradas con una suntuosidad verdaderamente real. Despues visitamos los jardines, tan vastos como bellos, y á cuya estremidad se verifica la confluencia del Arve, rio que baja del Mont-Blanc, con el Ródano, el cual atraviesa por Ginebra el Lago Lemán.

Las cercanías de Ginebra son amenisimas, y á cada paso se encuentran objetos dignos de detener interesantemente al viajero; pero á la cabeza de todo está la casa de campo de Ferney, antigua residencia del gran Voltaire. Esta casa está situada á una legua de Ginebra. A pesar de la multitud de poseedores que ha tenido desde Voltaire hasta nuestros dias, los muebles, cuadros, etc. se conservan en el mismo estado en que quedaron á la muerte de aquel grande hombre. Los viajeros visitan con mayor interés el aposento que servia de dormitorio á Voltaire cuyos adornos son muy sencillos. Véanse allí los retratos de Federico II; de la emperatriz de Rusia Catalina, el cual es de obra de aguja, y hecho por la misma princesa, para dárselo á su maestro; el retrato de Lekain, el gran trágico; los de Voltaire, D' Alembert, Diderot, Delille, etc. etc.

La cama es muy sencilla; apenas queda la parte superior de la colgadura de seda, porque los viajeros se la han ido llevando á pedazos. En uno de los ángulos del aposento hay un pequeño sarcófago de mármol negro de bastante mal gusto, el cual contenia el corazon del filósofo antes de que fuese transportado á París. Debajo del lugar en que estaba el corazon se leen estas palabras: *Mon esprit est partout et mon cœur est ici* (1) y sobre el vaso: *Mes mânes sont consolés puisque mon cœur est au milieu de vous* (2); pensamiento alusivo á los personajes que representan los retratos que rodea el cuarto.

En 1843 aun vivia el último jardinero de aquel hombre extraordinario, si bien tan viejo que no podia dar un paso. Este anciano conservaba varias cosas que habian pertenecido á su amo como batas, chinelas, gorros, etc. que enseñaba á los viajeros con la veneracion con que pudieran mostrarse las mas santas reliquias.

El giro del lago de Ginebra, merece por sí solo un articulo separado.

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.



(1) Mi espíritu está en todas partes y aquí mi corazón.

(2) Mis mânes están consolados puesto que mi corazón está en medio de vosotros.

PERSONAS QUE IMPIDEN EL PASO EN LAS ACERAS DE MADRID.

Por las calles y las plazas
cabizas se ven quimeras
la mitad son calabazas
la otra mitad calaveras.

GOSNONA.

Cuentan de un anticuario italiano, por mas señas llamado Martorelli que empleó algunos años para probar que los romanos no conocian el uso de los cristales para las habitaciones cuando de allí á poco tiempo, en las ruinas de Pompeya y Herculano una mala ventana echó por tierra la obra del erudito. Lo mismo le sucedería al curioso que se imaginara encontrar el origen de caminar el hombre de atrás para adelante. En nuestra humilde opinion.... nació esta costumbre con Adán—el primer hombre debió andar para distinguir las bellezas de la creación: lo de correr vino mas tarde; cuando le perseguian los remordimientos. Desde la creación del mundo hasta nuestros días el movimiento fué la pesadilla de los tullidos y de los gobiernos. Algunas veces no solo los hombres sino tambien las naciones *pasearon* por el mundo: Ciro y Alejandro fueron dos bergantes invencibles, Carlos V un vagamundo, Napoleon un *viajero*: siempre de ceca en meca—nunca en su casa. Hasta el judío errante *andó* de Herodes para Pilatos, viendo como mejora de suerte, y dándose cierto aire de semejanza al pueblo español en busca de un buen gobierno. A medida que la civilizacion derrama á manos llenas sus tesoros—que algunas veces no son otra cosa mas que inmensas rimeras de palabras—los pueblos no andan, pasean; no pasean, corren; no corren, se precipitan. Un pueblo de paráliticos en el siglo XIX sería un pueblo ocioso, como si dijéramos, murmurador—sería un espectáculo desagradable: un inmenso hospital, una tertulia de señoras mayores, una rueda de jóvenes jugando al florón ó leyendo *para-ques* en año nuevo: cualquiera cosa.

España representa á nuestros ojos un pueblo-cojo. No corre—anda poco á poco únicamente. Resiste largas jornadas y tiene el estómago del camello y la desgracia del corzo: siempre que huye, queda sujeta por la cabeza. Solo el habitante de Madrid comprende el espíritu del siglo y tiene mucho de galgo, aunque no sea mas que por lo que tiene la corte de caza. El habitante de la coronada villa es un perfecto locomotor: vive en la calle; en la casa solo come ó duerme. ¿Qué es la vida cortesana contemplada desde un balcón?—Sísifo cerca del agua. Vivir en Madrid equivale á probar el movimiento continuo desde las graves oscilaciones del aguador reposado hasta las vibraciones no interrumpidas del aiente infatigable.

Hace algunos años bastaban las sillas de manos—aun se comenzaba á andar—después vinieron los coches tirados por mulas, luego las carretelas, en seguida las berlinas, mas tarde los omnibus y por último el pájaro—mosca, de las calles de Madrid el rápido y deslumbrante *tilbury*, reemplazado en la actualidad por el aristocrático *charaván*. Ahora las calles de Madrid son otras tantas carreteras; para todo se *viaja*: ya casi sobran los pies.... excepto en las bellas andaluzas. Empero, al lado de este incesante movimiento se encuentra desapercibida la mas cómoda invencion de los tiempos modernos; la compañera inseparable del ocioso, la esperanza del ciego, la tienda del fosforero, la segunda calle del zapatero de portal.... la sencilla y modesta acera! Entre *el arroyo* y la acera hay la omnipotencia del oro y la espresion de las clases. Los *adoquines* son los únicos niveladores de la capital: hacen de una calle un paseo y proscriben las aceras. Algunas veces cambian de lugar los transeuntes, pero á pesar del murmullo popular que se levanta como una polvareda desagradable se dice que estas imperfecciones son mas topográficas que morales. En la coronada villa no todo se encuentra en su lugar, y sino véase la Bolsa en la iglesia de los Basílios, el Congreso en el teatro de Oriente, la compañía de ópera en el Circo y el ministerio de Hacienda en la Aduana.

En las aceras de las principales calles de Madrid es donde se pueden distinguir y apreciar mejor los caracteres mas orijinales y las caricaturas mas estravagantes. Allí se encuentran el cesante, el pretendiente, el vago, el forastero, el jugador, el espía, el vendedor de relojes y perros dogos, el aficionado á la política, el pobre de S. Bernardino, el elegante, el periodista y el curioso—ese tipo madrileño que recorre todas las calles, se detiene en todas las esquinas, lee los carteles de las obras y los letreros de los bodegones, asiste á los incendios y á las revistas de comisario y que llega hasta la puerta de todos los espectáculos públicos, requiriendo al paso á las modistas y á las damas de vida airada. Este es el inquilino por excelencia de las aceras, si exceptuamos la vendedora de buñuelos por el invierno y el horchatero valenciano por el verano. Cada acera es el lavadero donde caen los harapos de todas las clases de la sociedad confundidos con las jerarquías mas respetadas de la época.

Veamos, pues, las diferentes fisonomías que encontramos al seguir la acera de una calle de la coronada villa entre el estruendo de los coches, el polvo de los carros de yeso, la confusa gritería de los transeuntes, un ciego de romances que tropieza involuntariamente y una joven de talle esbelto que voluntariamente codea atormentada por los grados sobre cero que anuncia el barómetro.

En primer lugar nos saluda el *amigo íntimo*: ¡Magnífico encuentro! Es un joven hablador y galante que se interesa mucho, muchísimo por nosotros, lo mismo que por todo el mundo. Las señoras dicen que tiene *un corazón sensible*. Vaya V. á dejarle cuando se sonrie y le abraza y le oprime ambas manos!—Oh! ayer me ha dado V.—dice D. Deogracias—un buen rato—Pues!...—He leído su artículo de V.... Magnífico!—¡Quiá!... es un juguete—soberbio!... Por mas señas que después salí á la calle y encontré á D. Pedro... el de la oficina de amortizacion—No le conozco—Hombré!... si... aquel que refresca todas las noches en la primera mesa del café Suizo... no conoce V. otra cosa—No recuerdo...—El que paseaba conmigo en el último baile de Villa—hermosa... Y es menester conocerle á la fuerza porque sino vá á referirnos la vida y milagros de su acompañante. En seguida nos dice las visitas que tiene que hacer, las tertulias que frecuenta, las veces que fué al teatro, lo que piensa hacer en el próximo invierno, sus lances de familia y las perfecciones de una muchacha que enamora de incognito. No hay remedio: aunque tengamos prisa es menester oírle porque es un *íntimo amigo*. Es un saco que se vacía: sino hubiera aceras en Madrid moriría de tristeza y de desesperacion. Sale á la calle para estar de visita en ellas. Frecuenta los paseos y los cafés, lleva la voz en las tertulias y se apasiona, como las mugeres feas, de todo lo misterioso. No tiene amores en ninguna parte pero es el estorbo de todos los amantes. Es el *amigo íntimo* de la casa y se le aprecia como si fuera de la familia.

Mas adelante encontramos á un anciano cuyos ojos se distinguen con trabajo, gracias á la enorme ala de su sombrero. Viste levita cerrada hasta el pescuezo, pantalón color de cardenillo y una corbata sobre cuyos pliegues descansa la barba como el sorbete sobre los bordes de un vaso. Se acerca de pronto y dejando ver en la diestra su bastón sin puño, nos muestra un cigarro de papel, y cometiendo la imprudencia de llevar la mano al sombrero que se niega á tener la elasticidad indispensable para un saludo, nos pide *cañela*. A primera vista esto no es mas que una ligera impertinencia, pero entretanto la jente pasa, las señoras buscan *la derecha*, un gordo nos oprime, una figura escueta se escurre á nuestro lado, queríamos seguir á una linda muchacha que desde que lo habia observado gustaba de ver los mostradores de las tiendas de quincalla, ó evitar el encuentro de un acreedor y el cigarro del cesante se resiste al fuego como una salamandra. Dos y tres veces llevamos la mano para recogerlo, pero el desconocido suspira, lagrimea, chupa, tose, patea, traga saliva y se acomoda en un portal hasta lograr encender su cigarro ó apagar el

nuestro. No nos impacientemos: es una dádiva bien barata. Este cigarro es el único almuerzo del cesante: dejémosle que lo encienda aunque sea á costa de nuestra tranquilidad,

Santo cielo!—Aquí tenemos á D. Segundo: el *sábelo todo*. Vámonos á la acera de enfrente, pero nos acordamos tarde porque ya viene con los brazos abiertos á columpiarnos durante algunos minutos. De pronto nos obliga á venir con él á un lado y aparentando recelar de todo el mundo nos dice al oído—Hay novedades—¿Buenas ó malas?—Ya sabrá V. lo que pasa—Acabo de salir á la calle—Ha llegado...—¿Quién?—Un posta—¿De dónde?—Yo mismo le ví entrar por la puerta de Alcalá—Oiga!—Estamos muy mal—Pero ¿qué hay?—Lo sé por el mismo posta, pero cuidado con el silencio!...—Ya lo creo—Viene de Cataluña... ahora se estará apeando—¿Y qué pasa?—Nuevas desgracias para el país.... *los matines* se repiten con frecuencia: nadie lo sabe aun en Madrid. La noticia no vale la pena de escucharla, pero á D. Segundo es menester oírle, como se espera un cañonazo: con sobresalto. Si no nos espantásemos siempre que habla sería nuestro mas encarnizado enemigo. Si fuera progresista nos llamaría afrancesados, y si moderado, populachero. D. Segundo tiene relaciones en todas partes, pero á decir verdad debe de ser estremadamente modesto porque ocupa la humilde posicion de.... escribiente en una de las oficinas de rentas.

Procuraremos ganar el tiempo perdido. Imposible! Ya me columbró Doña Loreto, que me saluda meneando el abanico como quien dice—Está V. buena alhaja—A los pies de V. mi Señora Doña Loreto, le decimos antes de que pueda echarnos en cara que hace dos meses no la visitamos.—Yo lo creía á V. muerto, nos contesta—Felizmente hasta ahora solo mis numerosas ocupaciones me obligaron á morir... temporalmente, nada mas que temporalmente, señora, para mis buenas y distinguidas amigas entre las que me tomo la libertad de contar á mi señora Doña Loreto.... Se conjuró la nube: esta señora se sonrie llevando el abanico á la boca. Doña Loreto es una de las señoras que *acuerdan buenos tiempos*: antes perdona el olvido ó la ingratitud que la falta de un saludo ó el cambio de un epíteto. Deplora la inmoralidad de la época y habla muy mal de todos los gobiernos. Es una viuda del *Monte-pío*. Acostumbra á decir que vá de prisa y corriendo pero siempre se detiene con sus amigos. Cualquiera dirá que sostiene una animada conversacion, pero habla de lo de ayer, de lo de antes de ayer, de lo del otro dia, de lo de siempre: de la reuma y de la viudedad.

Damos vuelta para tomar por una calle cercana y menos concurrida cuando se fijan nuestras miradas en una linda muchacha cuyo delgado talle llega atormentado por una lujosa falda de tornasol. Vamos á hablarla y se dirige hácia su criado para pedirle la sombrilla ó el devocionario lo primero que le viene á las mientes. Hé aquí el único vice-versa de esta mañana: hemos querido hablar con ella y ella no ha querido hablar con nosotros. Es nuestra conquista del Circo; nos vió anoche con Emilia pero le escribiré esta noche un billete en papel perfumado y volveré á hablarla. Oh! es menester amar para conocer los celos.

Vacilamos entre seguirla ó perderla de vista y de pronto sentimos una mano que dulcemente nos golpea el hombro izquierdo. ¡Santo cielo! Es el fosil que visito algunas veces en la calle de los Reyes, el antiguo empleado en loterías que mantiene en la antecala de su casa seis perros negros como vengejos y que gruñen como marranillos, hasta sus ataques nerviosos le hicieron mas pesado obligándole á ser un poco tartamudo. Para él habrán variado las instituciones y las costumbres, pero los nombres son siempre los mismos. Llama urbanos á los milicianos nacionales, covachuelistas á los empleados en los ministerios, alcaldes de casa y córte á los corregidores, á la Constitucion, el Estatuto, á la ignominia del Circo, la cazuela y al Consejo real, Consejo de Castilla. La plazuela de Bilbao es en su boca la plazuela de los Aflidos y la calle de la Libertad, calle del Burro. Los

nombres de las calles no pueden cambiar del todo mientras una nueva generacion no adopte esta reformina. Este anciano es un *Don Consejo*: todo lo vé de lejos, todo lo medita, todo lo preve. Segun propia confesion, *tiene las narices muy largas*.... no hay mas que mirarle á la cara.

Nos despedimos de él y sin aguardar á que podamos ocultarnos entre el gentío nos mira frente á frente un hombre de ojos indecisos entre la amenaza y el respeto. Es un prestamista: si le hablamos despacio, grita y vocifera. Es necesario tratarle con desenfado, dirigirle tambien miradas certeras al corazon, para abochornarle, y amenazarle. Al propio tiempo vemos salir de la tienda de enfrente á una jóven con vestido de tornasol... ya se sonrie... es ella... la que antes no habia reparado en nosotros. Nos dirijimos á saludarla cuando el prestamista nos dice con un acento de imprudente ironía *confío en su palabra*. Nosotros le devolvemos una mirada cariñosa admirablemente sostenida á costa del desprecio que nos inspira.

En seguida el aficionado á la literatura nos pregunta por vijésima vez la obra que vamos á publicar y el erudito maneja su diccionario de palabras, y se escucha, se mira, se compone, atusa y relame siempre que pronuncia un periodo rotundo y elegante.

Oh! marchemos por cualquiera parte y abandonemos la acera. Hasta ahora nos detuvieron los amigos, pero si reparan en nosotros los vendedores de relojes y perros, los cesantes y los noticieros, los forasteros y los recomendados por medio de esquelas, daremos al traste con todo vicho viviente, como nuestros lectores harán con el presente artículo, despues de pasar por sus renglones una ojeada de perezosa curiosidad.

ANTONIO NEJRA DE MOSQUERA.

OFRENDA POETICA.

AL LICÉO ARTISTICO Y LITERARIO DE MADRID.

Sueños hermosos de la infancia mía
¿á qué sobre las alas de oro y rosa
volveis á mi exaltada fantasía?
¿qué buscais? ¿vuestro hogar? Ceniza fria
guarda no mas vuestra mansion dichosa.

Pasó la edad de la sencilla infancia;
las delicadas flores que dejaron
vuestras manos, ornando vuestra estancia,
perdieron su frescura y su fragancia,
y marchitas al fin se deshojaron.

El fecundo jardin, que cultivasteis
es hoy salvaje selva enmarañada;
nada hallareis de lo que aquí dejasteis.
Sueños de mi niñez ¿á qué tornasteis?
Idos: de lo que fué no existe nada.

Idos: vuestra presencia es importuna:
la edad os arrojó de vuestro asilo:
lecho de la ambicion es vuestra cuna,
y ha levantado en vuestro hogar tranquilo
un altar á la gloria la fortuna.

Genios, que del Pisuerga en la ribera,
al rumor soñoliento de sus olas
á oír llegasteis mi cancion primera,
tejed para mi negra cabellera
fresca diadema de tempranas violas.

¿Recordais, fabulosos geniecillos,
aquel pálido niño, que corria
vuestras lomas cubiertas de tomillos,
probando en vuestros toscos caramillos
su mal seguro aliento? ¿Qué os decia?

«Por la gloria escusad que os abandone:
«yo espero en Dios y de mi aliento fio
«que oiga mi patria, cuando yo le entone,
«un cántico en su honor, y que me abone
«por buen hijo con ella el canto mío.»

Y os dejé: y cuanto débil atrevido
el premio á disputar entré en la lucha.
«Oyeme» dije al mundo, y el oído
prestando, el mundo mi cancion escucha,
Sueños de mi niñez ¿seré vencido?

Fé de mi corazon, sostenme ahora:
luz de mi inspiracion, no te consumas:
voz de mi pecho, exhálate sonora:
pensamiento velóz, hé aqui la hora
de tender al volar todas las plumas.

Tiéndelas, pues, ¡oh pensamiento mio!
por la region divina y encantada
de la imaginacion, y el dulce pio
róbale al ruisenior, que al son del rio
dá al viento su cancion enamorada.

Róbale al mar, que con desden se mece
en su lecho de arena, su murmullo:
y á la brisa que el árbol estremece,
y á las tórtolas tiernas, que guarece
con su ondulante pabellon, su arrullo.

Pide á una blanca y vaporosa nube
que en sus brazos de gasa te levante,
y á la region del firmamento sube,
y por favor demándate al Querube
su harpa de oro y su voz por un instante.

Lánzate: cruza el éter infinito:
búscame cual mi aliento les ansia
el vigor y la fé, que necesito
para ahogar en torrentes de armonía
al mundo, que me mira de hito en hito.

Vé, que me espera ya; tu vuelo afana,
pensamiento velóz. En tal momento,
mortal mi corazon, mi voz humana,
temo que he de pedir con ansia vana
fuego á mi inspiracion, aire á mi aliento.

No: le veo que el límite traspasa
de la bóveda azul: un rayo quita
al sol, y al aura trasparente y rasa
volviendo á atravesar se precipita
sobre mi corazon y me le abraza.

Suelta tu voz, ¡oh corazon! al viento:
de tu humilde temor deseche el pismo:
gracias dá al mundo que te escucha atento:
lo que falta á tu ruín merecimiento
llenen la gratitud y el entusiasmo.

Benigna Sociedad, amigos fieles,
y vosotros de Fidias y de Apelos
y de Homero y de Pindaro rivales,
escusadme estas glorias terrenales,
apartad de mi frente los laureles.

Las vuestras, en verdad, que no la mia
merecen reposar bajo su sombra:
vosotros me cedéis con hidalguía
un honor que me embriaga de alegría
pero que me avergüenza y que me asombra.

¿De la pompa del triunfo soberana
cuál virtud me hizo digno? ¿La armonía
de mis cantos tal vez? ¡Jamás profana
mi lengua de ella mentira! No es mia
mi noble inspiracion: Dios me la envía.

Dios, que dá voz al viento y á las aves
y ecos al mar, que en tumbos se levantan,
roncos en su ira y en su calma suaves,
es quien presta á mi voz sus ecos graves
para cantar su Omnipotencia Santa.

Por eso audáz entre vosotros canto
y mi humilde cantar con fé levanto:
porque el poeta, del Señor recibe
fé y voz, para ensalzar con éstro santo
la tierra en que nació, la fé en que vive.

Por eso indigno de tan noble empleo,
para tan suma dignidad pigmeo,
el templo de la escelsa poesía

tal vez profano: porque iluso creo
que Dios inspira la impotencia mia.

Por eso en ella en cantar me afano
la gloria y prez con que la edad pasada
vió tremolar el pabellon Hispano
en el remoto mundo Americano
y en las mezquitas moras de Granada.

Por eso alguna vez vuestros oidos
ofende el rudo són del harpa mia:
mas de sus cuerdas roncadas desprendidos
exhálense los bárbaros sonidos
ricos de fé, si pobres de armonía.

Vosotros, cuya fé potentes halla
plumas, para cernerse sobre el suelo
donde preso mi espíritu batalla,
PROFESORES ILUSTRES, vuestro vuelo
tended: del siglo quebrantad la valla.

Dios es la inspiracion: la fé del arte
es hija de la fé de la creencia:
no la busqueis jamás en otra parte;
la Cruz es de la gloria el estandarte.
Dios es la luz: Dios es la inteligencia.

Si colores quereis, mirad al cielo:
si llenar los espacios de armonía
si animar de los mármoles el hielo,
de las obras de Dios alzad el velo,
que Dios perfectas las produce y cria.

Mas perdonad á mi saber profano
de ilustraros las necias pretensiones.
¿Qué puedo á vuestro genio soberano
enseñar con mis ruines concepciones,
yó, del jardin del arte ruin gusano?

Y vosotros tambien ¡hijos del canto!
sobre el cieno de el siglo en que vivimos
altecéos; vuestro origen santo
testificad al enjugar el llanto
de la raza mortal de quien nacimos.

Cantad: ni el hombre de su vieja historia
sin vuestros cantos la verdad supiera,
ni el justo digno de alabanza y gloria
de sus nietos vivir en la memoria
mas allá de su túmulo pudiera

Bálsamo saludable, que en el suelo
derrama la esperanza y el consuelo,
la poesía es. ¡Cantadla; poetas,
¡Volad, como volaron los profetas
en alas de sus cánticos al cielo!

¡Volad! De envidia vil sin la mancilla,
surcar el oceano de la gloria
os veré yo contento, y en la orilla
descubierto y en tierra la rodilla
bendeciré al morir vuestra memoria.

JOSÉ ZORRILLA.

FABULAS

EN VERSO CASTELLANO IMITADAS DEL ALEMÁN.

(DE P.)

BENEFICIOS DE LA LEY.

Caminaba á Jaen un peregrino,
Y le asaltó un ladron en el camino.
La bolsa, le gritó, si no la vida!
El infeliz devoto se intimida
Y entregue su caudal como un cordero;
Pero no satisfecho el bandolero,
A saco sus vestidos entra,
Y un relicario de valor le encuentra.
En esto se aparece un cuadrillero.
Suelta el ladron la alhaja y el dinero,
Huye y entre los árboles se embosca.....
—¿Cómo esclama el viajero agradecido

Al ángel salvador recién venido,
 Cómo pagar á V.?—Venga la mosca.
 —¡Hombre, déjeme V. lo necesario....
 —Deme también V. el relicario.
 —Pero, señor, con tales condiciones
 Nada en librarime del ladrón consigo.
 —Yo tengo desgarrados los calzones,
 Cámbiémelos V. y agur amigo.
 —Ya que existe un poder que al ciudadano
 Libra del golpe de opresora mano,
 ¿Por qué de ese poder es ley precisa
 Que deje al protegido sin camisa?

(DE PFEFFEL.)

LA ESCALA.

Hambriento un avion cojió un mosquito
 Que indulto le pidió por ser chiquito
 Y dar poco alimento;
 Pero enojado el otro á fuer de hambriento,
 —No esperes, dijo, que tu voz me ablande;
 Muere porque eres chico y yo soy grande.—
 No bien hizo la muerte el inhumano,
 Cójelo entre sus uñas un milano:
 Temblando el avion gime y suplica,
 Pero el milano adusto le replica:—
 —No tienes que pensar que yo me ablande;
 Muere, pues eres chico y yo soy grande.—
 Vió el águila al milano entretenido
 En devorar el pájaro cojido,
 Y volando veloz le prende y mata
 Por mas que ruega y de salvarse trata.
 —No es fácil, murmuró, que yo me ablande;
 Muere, pues eres chico y yo soy grande.—
 Fué el águila á volar, pero la bala,
 De un diestro cazador le quiebra el ála,

Y al revolcarse por el suelo herida:—
 —¿Por qué, gritó, me privas de la vida?
 —Porque no hay, dijo el hombre, quien me mande
 Mueres, porque eres chica y yo soy grande.—
 Nadie uso indigno de sus fuerzas haga,
 O sepa, si obra mal, que al fin se paga.—
 No murió el cazador y si el mosquito
 Al parecer sin pizca de delito;
 Pero ninguno de su fin se asombre,
 El picó veces mil antes al hombre.

(DE LICHTWER.)

EL ENVIDIOSO.

Magnífico manzano
 En el corral de un clérigo crecía:
 Un vecino de envidia se moría
 Viéndole tan fecundo y tan lozano:
 El ni manzano ni corral tenía.
 Y ya que de otro modo
 No supo desfogar su encono fiero,
 Arrojoba al frutal desde un granero
 El desperdicio de su casa todo,
 Haciendo del corral estercolero.
 Bien ensució el ramaje:
 Mas la lluvia á su tiempo lo limpiaba;
 La tierra con la broza se abonaba;
 Y el resultado fué del ruin ultraje,
 Que mas fruto y mejor, el árbol daba.—
 Mas útil que nociva
 Es la gente mordaz que tanto abunda,
 Pues hace con su rabia furibunda
 Que el integro varon mas cauto viva,
 Y mas pronto á sus émulos confunda.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

PELIGROS DE MADRID.



Inconvenientes de las tertulias á puerta de calle.